Volver
Navidad 2017

Ya era mayor, muy mayor. Tanto que al andar, a veces se mecía de un lado para otro. Notaba él, cada día más, que en sus piernas iban faltando las fuerzas. Sin embargo, la piel de su rostro, se mantenía tersa. Sin una arruga, sin mancha alguna y lo mismo en sus manos y todo el cuerpo. Como si el tiempo no lo hubiera envejecido ni por fuera ni por dentro. De aquí que llegar la Navidad, volviera a rincón que nunca, en ningún momento a lo largo de los años, se había borrado de su memoria.

Y volvía una fría mañana de invierno. Justo el día veintitrés de diciembre, a sólo unas horas de la Navidad. El cielo estaba por completo limpio de nubes, era azul intenso el color que mostraba y la naturaleza se veía toda en calma. Como si los escenarios estuvieran preparados para un importante acontecimiento. Se oía el canto de algunos mirlos, surcaban el aire, río arriba, algunos patos silvestres, grullas y garzas reales.

Solo, metido en sí y caminando lento, se le vio subir por la estrecha senda de tierra. Como alejándose de la ciudad de Granada dirección a las blancas cumbres de Sierra nevada. Atravesó varias hondonadas y laderas, cruzó algunos arroyos y ya casi al mediodía, cruzó el cauce del río. Por donde al frente se veía la nieve cubriendo los paisajes y, por algunas rocas, colgaba el hielo en forma de carámbanos y mil otras figuras. Olía el aire a musgo y se mantenía por completo en calma. Los brillantes rayos de sol caían silenciosos y llenaban de luz ramas de árboles, roca y tallos de hierba.

A media mañana llegó a la cueva. Una recogida cavidad natural abierta en un pequeño acantilado rocoso muy cerca de las aguas del río. En este lugar, soltó la mochila, sacó de ella algunas cosas de comida, el saco de dormir y algo de ropa. Sobre las rocas naturales que en la cueva hacían de paredes, colocó varias de estas cosas y luego salió fuera. Buscó el manantial y del hilillo cristalino, cogió un puñado de agua. Bebió, lavó sus manos y conforme iba saboreando el líquido se decía: “Sabe a miel y a nieve tal como en aquellos tiempos. También sabe algo a cielo, a soledad y silencios, a tomillos y a romeros. Esta agua tan clara y fresca parece brotar como del corazón mismo de la naturaleza solo para llenar de vida mi corazón y espíritu”.

No volvió a la cueva. Miró para la ladera de enfrente buscando la senda y en cuanto la descubrió, se puso a caminar por ella dirección a la laguna. Se dijo de nuevo: “Volveré a esta cueva para pasar dentro la noche pero antes, necesito encontrarme con las remansos transparente de las aguas que brotan bajo las rocas, entre enebros, sabinas y arces”. Con su cabeza agachada, caminó lentamente remontando hacia el encuentro de la laguna.

Coronó a la parte alta cuando la tarde ya iba por su centro. Se asomó al barranco muy despacio y se fue encontrando, conforme se asomaba, primero la serena y limpia superficie, luego las cabras monteses algo camuflada entre las sabinas y enebros y después, con el punto exacto por donde las aguas brotaban. Como unas pequeñas galería horadadas en las rocas y desde aquí, las claras aguas, serenas se iban remansando en la laguna. Como sí aquí parada se fueran a quedar para la eternidad.

Se reflejaban en la superficie del pequeño y algo alargado lago, los árboles de la orilla, las figuras de las montañas que rebosaban, el verde de la hierba y el azul del cielo. Como si la pequeña laguna fuera exactamente eso: un mágico espejo líquido construido a lo largo de muchos siglos por las manos del viento, las aguas y los copos de nieve. También por el silencio de estos lugares y la invisible fuerza de la creación entera.

No avanzó mucho más. Sobre la altura del terreno, en una blanca roca, se sentó. Frente por completo a la superficie de las aguas, no lejos de los veneros y como arropado por el azul del cielo, los mil tonos de las laderas y la blancura de la nieve en las partes altas de las montañas.

Miró despacio durante largo rato, meditó su oración particular y luego susurró: “Por más que muchas personas me digan y otros muchos hayan escrito libros o poemas, no existe nada más hermoso en este mundo que este rincón ahora mismo. El mejor escenario y paisaje para recibir y vivir la Navidad. Regresar y encontrarse con los mundos y momentos que fueron escenarios en nuestros primeros años de vida. Y este encuentro ahora y para mí, es como la antesala que me da paso al cielo que un día disfrutaré. Voy a quedarme aquí hasta que la noche llegue porque quiero sentir el frío y ver la luna reflejada en las superficies de estas aguas. Tal como lo vi y gocé mil veces en los años de mi juventud”.